CAPITULO XXIII.

Entra de nuevo el gobernador.—Sosiéganse las sediciones y finalízase la conquista.

Es muy ordinario que cuando á una grande afliccion sucede el alivio, se recibe como muy especialmente apreciable el consuelo. Afligidísimos se hallaban los nuestros con la ausencia del gobernador, causa de tantos afanes y tribulaciones; mas queriendo la Divina Providencia consolarles, dispuso que casi á un mismo tiempo llegase á la Mesa la noticia de hallarse ya en la Puerta el gobernador, y los dos capitanes, no solo con algunos de los soldados que se hallaban fuera del Reino, sino con otros dos conquistadores evangélicos, que fueron el padre José Bautista López, y padre José de Mesa, á quienes pasados algunos años arrancaron de esta Provincia sus contínuos achaques. Fueron tan bien recibidos como deseados; porque el padre visitador Antonio de Arias se hallaba tan sin aliento, por haber conspirado contra su salud la hambre y las enfermedades, que llegó casi á desconfiarse de su vida; siéndole por este motivo forzoso al padre Tellez cargar con todo el peso. Poco despues vino el gobernador con porcion bastante de alimentos, que alegró á todos por lo mucho que habian padecido con la suma escaséz de víveres.

Aumentó mas el consuelo la reduccion del rebelde D. Alonso, que, ó asombrado de la temeraria valentía del alferez Carranza y de su corta esquadra, ó confuso con la no esperada vuelta del animoso jefe de toda esta Provincia, á quien solo temia, ó lo que es mas cierto, movido de las voces y aldabadas que le daba la piedad divina, para reducirle la misma tarde del dia de la Santísima Trinidad, bajando uno de los padres de la Mesa á recibir á aquel tan deseado caballero, le salió al camino al llegar al pueblo de Jesus, María y José. Y advirtiendo que iban dos soldados en su compañía, avisó por medio de otro indio al misionero, que se apartase de la vista de los españoles, como lo hizo; y habiéndole alentado y asegurado su confianza, quedaron en que el dia siguiente le avisaria por medio de aquel mismo confidente suyo del ánimo del gobernador, que puso varios reparos, que dificultaban el perdon; mas por último, le dió por escrito,

con todas aquellas precauciones y seguridades que le dictaba al intercesor su escrúpulo. Asegurado ya así D. Alonso, luego pasó con toda su familia á la Mesa, consiguiéndose de esta suerte una, aunque poco ruidosa, mas provechosa insigne victoria; porque en solo aquel tan autorizado valiente indio quedaron vencidos todos los que pervertia su tan terca obstinada malignidad.

Por este mismo tiempo despachó el gobernador al capitan D. Cristóbal del Muro al pueblo de Huaximique, para sacar de allí y restituir al Nayar á los naturales refugiados, llevándose el despacho que á este fin expidió el señor Virey. Se logró todo sin dificultad; porque ya aquellos fugitivos bárbaros suspiraban por su patria, y habian pedido al señor presidente de Guadalajara, D. Tomás Terán de los Rios, congregarse y formar pueblo en Guainamota, como se ejecutó despues; porque habiendo cometido el señor Virey la decision de este punto á aquella Real Audiencia con el informe que hicieron el señor gobernanador y el padre visitador Antonio de Arias, por órden de aquel Real Senado, se allanó todo, desvaneciendo los inconvenientes que recelaba la cordura.

Y aunque despues de la larga posesion de mas de cincuenta años de aquel sitio dentro de esta Sierra, se levantó á los Nayeres nueva contradiccion, cuando pasó á fundar y administrar al pueblo señalado por el padre visitador, el padre José de Mesa, y el Presidio, que puso el gobernador á cargo del capitan D. Santiago de Rioja y Carrion, se desvaneció muy en breve; porque el alcalde mayor de Ostotipaquillo, D. Agustin Fernandez de la Cueva,

dió posesion al misionero jesuita con especial gusto de los indios, creciéndoles aun mas con el conocimiento que luego tuvieron de sus realzadas prendas: este prudente celoso obrero de la viña del Señor, valiéndose, no solo del idioma mexicano en que era perito, sino de su agrado, afabilidad y largueza, se hizo en breve tiempo dueño de sus voluntades; y á pocos meses el que era pueblo de Catecúmenos, parecia de cristianos muy antiguos: dióse á la poblacion el nombre de nuestro glorioso padre San Ignacio, y al Presidio el del Santo Cristo de Zacatecas.

A los primeros dias despues de aquella fundacion, le sucedieron al padre Mesa dos casos con que acabó de grangearse la grande veneracion que en adelante aquellos indios le tuvieron. El uno fué, que hallándose una india cercana ya á la muerte, avisado el padre, fué á visitarla; dispuesta con una breve instruccion á que obligaba la celeridad con que por instantes se acababa, la bautizò á su peticion; y sin otra medicina recobró al punto la salud con admiracion de los indios. Otra india ya anciana y casi decrépita por los muchos años que tenia, estaba tan consumida de la enfermedad, que parecia un esqueleto: asistíala una india cristiana y capáz, sin atreverse á avisar al padre por la grande repugnancia que tenia aquella enferma, y aun tan terrible horror al bautismo, á la religion cristiana y al misionero, que ya ántes de enfermar, no se podia conseguir que se pusiese en su presencia: tanto aborrecia y tan grande enfado le causaba lo que podia facilitarle su conversion.

Con todo reconocimiento que ya se le acercaba la muerte, lastimada la que asistia de enfermera de la perdicion de aquella alma desgraciada, resolvió avisar al padre, que prontamente acudió, como que solo iba á visitarla: comenzóla á mover con la dulzura y eficacia que le dictaba su celo. Gastó sin fruto no poco tiempo, y advirtió que á sus fervores se le oponia todo un yelo, y á sus ternuras un duro bronce. Salióse para echarse á los piés de la Santísima Vírgen, como lo hizo, pidiéndole que alumbrase aquella miserable alma y ablandase su voluntad tan obstinada: á tan ardientes celosos ruegos, aquella celestial Señora condescendió benigna; porque volviéndose repentinamente la enferma á los que la asistian, les dijo que llamasen luego al padre, que queria bautizarse: vino con presteza aquel apostólico misionero, y despues de una breve instruccion, la bautizó, y á poco rato comenzó á hablar con expedicion, á tomar alimento y á asegurar á los presentes que luego que recibió el bautismo, sintió una notable alegría en el corazon y grande alivio en todo el cuerpo; y fué de suerte, que á pocos dias despues, agradecida, visitó al padre ya perfectamente sana, y continuó tanto sus obsequios, que por repetidos pudieron parecer importunos.

Al mismo tiempo que fueron á fundar el pueblo y Presidio de Guianamota el capitan y el misionero, determinó el gobernador pasar á la conquista de los Tecualmes, situados en esta serranía, aunque son de nacion distinta de los Coras, con quienes solo para pervertirles se unian, tratándoles familiarmente, por tener sus rancherías inmediatas á las

suyas, y manteniéndoles así rebeldes con la ayuda de sus consejos. Pasados ya cinco meses despues de la toma de la Mesa, ni de ellos, ni de los Coras sus vecinos, habia venido alguno á dar la obediencia; y aunque no pocos se refugiaron en el pueblo de Tonalisco, muchos perseveraban en sus barrancos, aun tercos y tan obstinados, que se habian abrogado desde la desgracia del capitan Bracamonte, el nombre de belicosos, siendo solo de palabra valientes presumidos, y en la realidad cobardes. Aunque era el mes de Julio, en que ya arreciaban las aguas y crecian los rios, se emprendió obra tan gloriosa como importante.

Salió el señor gobernador con buena escolta de soldados: y aunque hallaron muy malos los caminos por las lluvias, siendo por este motivo dos veces peligrosos, vencieron tan graves dificultades, y llegaron á las rancherías de los Tecualmes, que estaban desamparadas; porque al descubrir nuestras escuadras, cedieron el campo y la victotia con una declarada fuga: encamináronse unos á las asperezas de la Sierra, siguiéndoles los nuestros con tal presteza, que aprehendieron á algunos: arrojáronse otros al rio, para dejarles burlados, imaginando que su caudalosa corriente les embarazaria los pasos; pero los nuestros, capitaneándoles mas con su ejemplo que con el mando el señor gobernador, valiéronse de los troncos secos que habia en la orilla del rio, y rompieron sin peligro la muralla que se habian formado con las ondas: asombrados los indios de la osadía y felicidad de nuestros soldados, unos se dieron á la discrecion y piedad del general, y otros

á la fuga, aunque no tardaron en reducirse casi todos: con éstos, con los que sacaron de Tonalisco y con los Coras que cogió el capitan D. Luis de Aumada, se formaron dos pueblos, uno de Coras y otro de Tecualmes, mediando solo entre los dos el caudaloso rio de San Pedro. Al primero se le dió el nombre de San Juan Bautista; al segundo el del glorioso Príncipe de los Apóstoles, por haberse finalizado en su dia la conquista, de cuya conclusion avisó luego el gobernador al señor Virey, quien no solo le dió las gracias, sino el título de coronel de infantería española, con el sueldo que perciben de Su Majestad en este Reino los que tienen este grado,

No quedaba ya ranchería que, ó voluntariamente ó por fuerza no hubiese sujetado al yugo de la obediencia su rebelde cuello; mas en casi todas faltaban muchos que se mantenian, ó temerosos ú obstinados en los barrancos con algunos principales, siendo los mas célebres el "Nopale," el "Mesquite" y el "Tamatini," á quien le dió este nombre el concepto de sábio, en que le tenian estos pobres ignorantes. Por último, se rindieron todos con la industria y celo infatigable de los misioneros, á quienes sin duda se debe el título glorioso de verdaderos conquistadores de este Reino, aunque sin el estruendo y aparato militar, jugando solas las armas del cariño y de su apostólico celo, con que ganándoles las voluntades, les sacaban sin violencia de sus escondrijos á vivir como racionales, sin otra fuerza que la que hacen á la razon, aunque de un bárbaro, la bondad de la vida, la suavidad de un sincero

amor, el agrado, la mansedumbre y la liberalidad no pocas veces tan costosas, que por socorrer á los necesitados Nayeres con el escaso alimento que para sí tenian, se vieron algunos á riesgo de perecer á los lentos rigores de la necesidad.

Desde los pueblos de San Juan y de San Pedro pasó el gobernador al de San Ignacio de Guainamota, para acabarle de formar y para reducir algunos indios cercanos á aquel paraje. Perseveraban aun rebeldes y obstinados, gobernados por una india apóstata llamada *Juana Burro*, que hacia años que vivia en esta serranía y tenia por marido á un indio gentil Nayerita. Esta tuvo tal osadía, que aun despues de ganada la Mesa, envió á desafiar á los españoles, asegurándoles que ni ella ni los suyos mudarian de alojamiento, para que, sabiendo el sitio, les hallasen fácilmente, siempre que gustasen medir sus armas con las de aquella su valiente tropa. Celebróse con risa la embajada; y sin duda se le hubiera dado luego el asalto, si la inconstancia mujeril no le hubiera aconsejado mudar dictámen, huyendo el peligro que ya recelaba y pensaba excusar en el barranco que eligió para resguardo de su persona, sin cuidar de los demas, que al ver tan llena de temores á las que les alentaba, se dividieron buscando cada uno donde asegurarse.

No pudo adquirirse noticia del paraje en que se hallaba esta india, hasta que la descubrió una contingencia que yá refiero. Salió del Presidio de Guainamota, aunque á otro intento, el sargento Francisco Flores y una escuadra de soldados; advirtió, por haberse extraviado á otra importante diligen-

cia, que un indio, recatándose de su vista, procuró ocultarse entre la maleza: llamó á su tropa, y con el cerco que le pusieron le sacaron, y sin otro apremio que preguntarle el paraje en que vivia, lo confesó, guiándoles hasta la ranchería donde con otros muchos hallaron á la belicosa Juana: y aunque eran superiores en número, se entregaron luego sin resistencia, rindiendo las armas: fué la india la primera que movió á los demas, y habiéndoles llevado al pueblo y bautizádose á su tiempo el marido, se casaron *in facie Ecclesiæ*. Al principio se mostró muy afecta al misionero y á los militares; mas pasados algunos años, se conoció lo radicado que tenia las astucias de su terco natural, muriendo, por último, fugitiva, donde no sé si lograria confesar sus contiguas grandes maldades.

Compuesto ya el pueblo de Guainamota y fundado el de Nuestra Señora del Rosario en Tacualoyan, repitió el viaje á su hacienda el gobernador con el sentimiento de que hubiesen quedado infructuosas sus diligencias, por no haber cogido con tantas al "Tamatini," de quien se temia que con sus engaños mantendria obstinados á los muchos que aun repugnaban rendir el cuello al suave yugo de la ley. Y aunque no hubo indio que quisiese descubrir el paraje en que se hallaba, por fin se llegó á saber que estaba como bárbaro en una cueva echado sobre muchos huevos de gallina, fomentándoles con el calor natural de su cuerpo, para que, como persuadia néciamente á los suyos, saliesen soldados valientes que ayudasen á los Nayeres. Por último, pasados algunos meses, viendo todos que su promesa habia parado en humo, desengañados le desampararon. Al mirarse el ignorante indio ya sin crédito y sin séquito, determinó, como lo hizo, irse á vivir al pueblo de Santa Gertrudis: mas estuvo siempre tan obstinado en su idolatría, que Dios, para castigar su rebeldía, le envió una fiebre mortal, sin saberlo el padre misionero; por haberle acometido aquella enfermedad en un barranco á que se habia retirado y donde murió desgraciadamente en su antigua infidelidad, despues de haber acalorado la sublevecion que con mucha repugnancia trasladará al papel la pluma, dejando no poco en el silencio, para no mancharle con los borrones que afearian esta Historia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO